Relatos de la "Sīrat al-thāhir Baïbars"

VIII – La revancha de Shîha, Maestro de Argucias

10 – La redención de los *fidauis*

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2021
Número de páginas: 7
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com

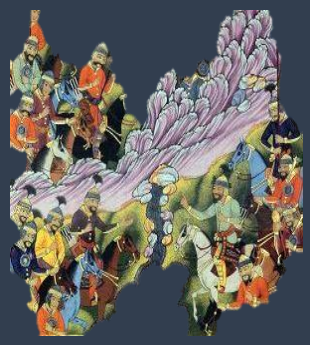
Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.
El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la Fundación **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

VIII. 10 – LA REDENCIÓN DE LOS FIDAUIS

"Otra batalla campal, con los sables silbando y sembrando la muerte por todas partes. Ibrahim vuelve a encontrarse con Armide, enzarzándose en un duelo a muerte que pone a prueba a los dos caballeros; mientras, el rey El-Zâher Baïbars que, rescatado por Shîha, acaba de regresar a su campamento, agarrando con fuerza el estandarte de los musulmanes, los enardece y conduce a la lucha, al ver que el malvado Yauân, de nuevo llama a las armas a los suyos, agitando la bandera de los cristianos; aunque él, siempre un paso por delante, ante la previsible derrota de los* **ghandars** *francos, huye de Antioquía, acompañado por su fiel sirviente Bartacûsh, y el emperador Micael. Como era de esperar, la ciudad cae rendida ante el rey El-Zâher, pero con una, nada desdeñable sorpresa: de nuevo los* **fidauis** *han entrado en acción, bien es cierto que, a su manera, e infiltrándose previamente en la ciudad, terminan por abrir sus puertas y facilitar la entrada del ejército musulmán, cortando el paso a sus enemigos, que quedan encerrados en una pinza mortal…"



Y mientras Ibrahim y El-Zâher Baïbars iban conversando por el camino, tras su liberación, llegaron a las proximidades de Antioquía, en donde se encontraron que Armide andaba pavoneándose en el campo de batalla, caracoleando con su caballo, y desafiando a los campeones musulmanes, de los que ya había capturado a más de uno.

– Mi rey –le pidió Ibrahim–, con tu permiso, voy a enfrentarme a ese maldito infiel: tengo una vieja cuenta que arreglar con él. Te pongo por testigo que marcho al combate con la intención de hacer la guerra santa por amor al Señor.

Tras aprobar la petición de Ibrahim, El-Zâher Baïbars entró en su campamento, en donde su llegada fue recibida con una auténtica explosión de felicidad; los tambores redoblaron en señal de alegría, y los soldados, ya más tranquilos, rápidamente lo rodearon para saludarle y felicitarle por su regreso.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

– ¿Han llegado los *fidauis*? –preguntó El-Zâher Baïbars a Shâhîn.

– No, *efendem*, solo Hasan El-Horâni y Dibl El-Baysâni… A pesar de que les he escrito pidiéndoles ayuda.

– Sí que es raro…, en fin, un día tendrán que someterse, con la ayuda de Dios.

Entre tanto, Ibrahim irrumpía a toda prisa y cual avalancha en el campo de batalla, cargando contra Armide, como un león furioso.

– ¡Vaya, si es el hijo del Korâni! –se extrañó Armide– ¿Qué te trae por aquí, muchacho? Te hacía preso.

– ¡Que sepas, perro infiel, que me ha liberado Aquel que pone freno al furor de las olas! El sultán también está libre: ¡ahora si que os van a zurrar a los adoradores de la cruz!

Acabados los preliminares, los dos adversarios se arrojaron, uno contra otro, lanzando un grito terrible, ¡y ahí que te va ese golpe! ¡Atentos muchachos, aquí dan buena estopa, y hay para todo el mundo! ¡De todos modos, no os acerquéis mucho, que aquí llueve de donde menos te lo esperas[1]!

Pero Armide, como ya sabemos, no era rival para el León del Horân; de modo que no tardó en hallarse en una mala situación. Entonces, Yauán, que se mantenía a pie firme junto al *shinyâr*, y no perdía de vista el desarrollo de la batalla, temiendo por su campeón, arengó a los francos a voces:

– ¡Dale, *hijos* de la Iglesia!

En ese momento, el ejército bizantino se puso en marcha vociferando con gritos disonantes, y, como una nube de arena arrastrada por la tempestad, se arrojaron sobre Ibrahim, que recibió el choque con un corazón firme como el granito. Al ver esto, el sultán picó espuelas y saltó de debajo del estandarte musulmán, rugiendo:

– ¡Adelante! ¡adelante, soldados del Profeta!

Se precipitó a la batalla, cargando desde la primera línea, y lanzando su grito de guerra:

[1] El texto original es prácticamente incomprensible, y se ha traducido más o menos por intuición.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

– ¡*Allâhu akbar*! ¡Conquista y victoria! ¡Muerte a los infieles! ¡Por el honor de Muhammad!

Los dos ejércitos chocaron entre las chispas que despedían sables y *shâkriyyehs*. Una inmensa nube de polvo se elevó, como en el tumulto del fin del mundo, y los corazones más intrépidos se vieron asaltados por terrores oscuros: el juicio del Rey todopoderoso se había cumplido. Muy pronto, los bizantinos, desmoralizados ante el regreso de El-Zâher, comenzaron a perder terreno. Corrieron a querer refugiarse tras las murallas de Antioquía, pero hete aquí que, desde lo alto de las murallas, como una devastadora tormenta, resonaba el grito de guerra de los musulmanes: ¡y al alzar los ojos, descubrieron las banderas de los *fidauis*, ondeando en lo alto de todas las torres de defensa, como las olas del mar en días de galerna!

Para comprender las razones de los *fidauis* de esa puesta en escena tan teatral, hay que volver un poco más atrás: cuando Shîha, bajo la apariencia de un cautivo liberado, se presentó en Safita para anunciar la triste suerte de Nisr; Ajbûr, como ya recordaréis, había decidido partir, a la cabeza de todos los ismailíes, para liberar a su hijo. Pero, al día siguiente, el pretendido cautivo había desaparecido, dejando tras él la plata y las joyas, que le había dado la gente de Safita, junto con una carta. Cuando recogieron lo que allí había dejado, abrieron la carta, y leyeron estas líneas:

> *"Vuestro cautivo liberado no era otro que Shîha. Advertencia general: cualquiera que intente rescatar a Nisr, sufrirá la misma suerte que él. Si no os acompaña la fortuna, no habrá nadie que os ayude, salvo vosotros mismos; pero si aún os queda algo de bravura, pues bien, ¡mostradme de lo que sois capaces!"*

Ese reto enfrió bastante los ardores de los *fidauis*: los más dispuestos a partir hacia Qayqabûn, notaron cómo su decisión se debilitaba. Ajbûr, el de más edad, fue el primero en expresar el sentimiento generalizado:

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

– No tengo más remedio que reconocer que mi hijo, él solo se ha metido en un buen lío –afirmó Ajbûr–. Y el que lo siga, aunque fuera el más valiente y hábil de nosotros, corre el riesgo de que le suceda lo mismo.

– Podemos intentar ir tras la pista de Shîha –sugirieron los demás–, y, con un poco de suerte, le echamos el guante.

Así que la gente de Safita montó a caballo y se dispersó por la región; no tardaron en encontrarse a Shâhîn de Masyât y a su hijo Dawûd el Iracundo, que patrullaban por la montaña con el mismo objetivo.

– ¿Qué pasa, muchachos? –les preguntó Ajbûr.

– Y tú, ¿qué vienes tú a buscar por aquí? –respondió Shâhîn.

El otro le puso al corriente de la visita del pretendido cautivo.

– ¡A nosotros nos ha pasado lo mismo!

Los dos grupos se asociaron y peinaron toda la región, pero sin resultado alguno. Cuando regresaron a Safita, se reunieron en Consejo para decidir los pasos a seguir con el fin de liberar a Nisr.

– Solo hay una solución: presentarnos adonde el sultán y arrojarnos a sus pies –sugirió la mayoría.

– ¿Después de haberle puesto contra la espada y la pared, rechazando sus regalos? ¡Lo que hay que ver! –protestó Ajbûr.

– Pues vamos a darle una buena paliza al ejército de Micael –sugirieron Dawûd y Shâhîn de Masyât–: sería un modo de redimirnos, salvaríamos la cara, y podríamos presentarnos ante él con la cabeza bien alta.

Después de establecer un plan estratégico, se vistieron como los francos y se presentaron en Antioquía, en donde penetraron poco a poco en pequeños grupos. Cuando todos estuvieron dentro de la ciudad, se reunieron en un lugar convenido previamente; así que, cuando el sultán se unió a su ejército y se entabló la batalla final, a causa del duelo entre Ibrahim y Armide, los *fidauis* se hicieron con las puertas de las murallas de defensa, justo en el momento en que el enemigo se retiraba hacia la ciudad. La derrota de los bizantinos fue completa, y capturaron a la mayoría. Pero, Micael, Yauân y Bartacûsh consiguieron escapar, cabalgando sin parar hasta Suwaydiyyeh, en donde se

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

embarcaron rápidamente. Su navío, retrasado por vientos contrarios, no llegaría a buen puerto, ¡pero no nos anticipemos!

Mejor, volvamos al sultán El-Zâher Baïbars: tras ordenar que recogieran todo el botín, se sentó en el salón del palacio de Antioquía, rodeado de los jefes de sus tropas y de los grandes dignatarios del reino, y preguntó que a quién se debía la toma de la ciudad. Al saber que el mérito recaía en los *fidauis*, los felicitó calurosamente:

– Por mi vida, que han redimido bien sus errores, y reparado el mal que habían causado –declaró.

Entonces es cuando vio a Ajbûr avanzar hacia él: el rostro bañado en lágrimas, el anciano hizo una profunda reverencia ante él, y luego se arrojó a sus pies, tal y como hacían los suplicantes.

– ¿Por qué lloras? –le preguntó el rey.

– ¡Ay, *dawlatli*, porque Shîha ha capturado a mi hijo Nisr y se lo ha llevado a Qayqabûn en donde lo tiene cautivo, haciendo los trabajos más viles, además de infligirle los peores tormentos!

– Y vosotros, cuando yo nombré a Shîha sultán, ¿no me abandonásteis, arrojando los caftanes de honor que yo os había concedido, y desafiando así mi autoridad? Precisamente por eso, le di un *firman*, estipulando que toda ciudadela que maltratara a Shîha sería arrasada hasta los cimientos. ¿Acaso no sabíais esto?

– Sí, lo sabíamos –admitieron, con la cabeza gacha.

– En ese caso, ¿por qué Nisr lo hizo prisionero, lo arrojó a una mazmorra y le infligió paliza tras paliza con la esperanza de hacerle perecer? En verdad, el castigo que le está dando Shîha a Nisr me parece más bien pequeño, y no veo nada que se le pueda reprochar. Cuando se ha cometido un error, no se viene aquí a gimotear…

– Sin duda, señor –concedió Ajbûr–, pero todo esto es por culpa de Dawûd: él es el que ha desencadenado todo este problema.

Ante esas palabras, Dawûd se adelantó, llorando a lágrima viva.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

– ¡Gracia, oh Servidor de los Santos Lugares! –gimió– Es cierto que mi conducta para contigo ha sido desastrosa, pero el perdón es privilegio de los corazones generosos…

– Bueno, y ahora, ¿qué esperáis de mí? –cortó el sultán.

– Lo único que queremos es que Nisr sea puesto en libertad.

– Pues muy bien, ¡id a liberarle vosotros, yo no veo ningún inconveniente!

– *Efendem*, ¿quién sería tan temerario como para meterse en la boca del lobo? Sobre todo, teniendo en cuenta que Shîha nos ha escrito para advertirnos que todos los que vayan a socorrer a mi hijo, tendrán que atenerse a sus consecuencias…

– Pero bueno, entonces ¿qué queréis que haga yo? Si, al menos, estuviera aquí, podría obligarle a que liberara a Nisr; pero ¿habéis visto la distancia que hay entre Antioquía y Qayqabûn? Eso, sin contar que está en pleno territorio enemigo.

Ante estas palabras, Ibrahim, también se arrojó a los pies del rey.

– *Efendem* –le dijo–, sólo tú puedes arreglar este asunto. Nosotros somos tus súbditos y tú nos debes protección: ¿no habrá de responder el pastor de sus corderos el Día del Juicio Final?

Al no encontrar más excusas, El-Zâher Baïbars se volvió hacia el visir Shâhîn:

– Tengo la intención de ir a Qayqabûn con los *fidauis* para hacerme una idea personalmente de lo que pasa allí. Si tardo en mandaros noticias mías, tú te pondrás a la cabeza del ejército y te reunirás allí conmigo.

Próximo relato de "La revancha de Shîha":

11 – Shîha hace lo que le viene en gana

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6